



Unos esposos discuten. Temas tratados una y otra vez, palabras fuertes, enojos. Al final del día, entre sus corazones ha aumentado la separación hasta niveles nunca antes alcanzados.

Un barrio organiza sus festividades anuales. No hay acuerdo sobre los eventos, ni sobre el recorrido de una caravana, ni sobre el grupo musical que podría ser invitado. Al final, el barrio termina con una división insoportable.

Unas elecciones se celebran en medio de una especial crisis económica. Los ánimos, calientes, se reflejan en la oficina, en el taller, en el bar, en los hogares. Tras los resultados, discusiones y discusiones sin fin.

El veneno de la división entra de muchas maneras, por muchas causas, en muchos ámbitos. No siempre reviste la misma gravedad, pues hay divisiones sobre temas menores y con repercusiones mínimas. Pero casi siempre las divisiones provocan heridas.

La pregunta surge natural: ¿cuál fue la causa de esta división? ¿Se trataba de un argumento que la "merecía"? ¿Puede superarse? ¿Ha dejado daños en los corazones?

No es fácil responder, pero vale la pena buscar causas y condiciones que han llevado a esta o a aquella división, para afrontarlas en sus raíces.

Unas causas surgen desde la complejidad de ciertos temas. Otras, desde las maneras diferentes de pensar y de sentir. Otras, simplemente desde malentendidos mezclados con esa continua tendencia humana que incita a imponerse sobre los demás.

Desde la búsqueda de las causas puede pensarse en las soluciones, sea a nivel preventivo (vacunas o antídotos, si fuera posible aplicarlos a los corazones), sea a nivel curativo, cuando los gritos han herido las relaciones entre seres humanos.

El veneno de las divisiones ha penetrado en la existencia humana desde sus

orígenes, y sigue hoy presente entre nosotros. Todo lo bueno que hagamos para evitar sus daños, para curar sus efectos, será bienvenido.

Porque, por muchas y graves que sean las divisiones, todos los seres humanos compartimos un mismo origen en el amor de Dios, y estamos llamados a un encuentro, definitivo, con ese Dios Amor.

Tal vez recordar nuestro inicio y nuestra meta sea un buen antídoto para muchas divisiones y, sobre todo, sirva como estímulo para promover esa unidad y armonía que tanto embellecen las vidas de las personas y de los pueblos.